

Luigi Giussani

Mis lecturas



EN
CUEN
TRO

100XUNO



Mis lecturas



100XUNO

Luigi Giussani
Mis lecturas

Traducción de *M^a del Puy Alonso Martínez*
Revisión de *Carmen Giussani*



Título original: *Le mie lettere*

© Edición original: Fraternità di Comunione e Liberazione, 1996

© Tercera edición en castellano: Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2020

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 68

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-012-3

Depósito Legal: M-649-2020

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

C/ Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Nota de edición	7
MIS LECTURAS	
I. Giacomo Leopardi en la cima de su genio profético	11
II. Una lectura de Pascoli acerca de los destinos últimos	33
III. El drama de Clemente Rebora.....	51
IV. El problema de la conversión en Ada Negri.....	67
V. La forma del yo: Dante y san Pablo.....	79
VI. Montale, la razón y lo imprevisto	87
VII. El amor como creador de lo humano. Lectura de <i>La Anunciación a María</i> de Paul Claudel	97
VIII. La conciencia de la Iglesia en el mundo moderno en los <i>Coros de «La piedra»</i> de T. S. Eliot.....	107
IX. El descubrimiento de <i>Miguel Mañara</i> . Lectura de la obra teatral de Oscar V. Milosz.....	129
X. La voz que resiste en las tinieblas. En torno a unas poesías y una novela de Pär Lagerkvist.....	141

XI. Reavivar lo humano. Sobre algunas cartas de E. Mounier	159
XII. La libertad y la gratuidad. Comentario a dos páginas de Péguy.....	167
APÉNDICE Tres películas.....	187
XIII. El ímpetu de la vida. Sobre la película <i>Ordet</i> de C.T. Dreyer	189
XIV. La tragedia del moralismo. Sobre la película <i>Dies Irae</i> de C.T. Dreyer	195
XV. La concreción del sentido religioso. Comentario a la película <i>Dios tiene necesidad de los hombres</i> de J. Delannoy.....	199

NOTA DE EDICIÓN

Se encuentran aquí reunidos los textos de las «lecturas» que monseñor Luigi Giussani ha realizado de algunos de sus más queridos autores; unos los frecuentaba ya desde la primera juventud, otros los descubriría más tarde.

Se trata de lecturas «ocasionales», en el sentido de que cada una de ellas se ha realizado en un contexto preciso, casi siempre en conversaciones mantenidas con jóvenes. Por esta razón no solo se conservan los rasgos de oralidad —aunque revisada y corregida por el autor—, sino también el carácter de ejemplificación y sugerencia respecto a los temas tratados o, mejor aún, a las calas desarrolladas en las distintas ocasiones. De este modo autores como Leopardi o películas como las de Dreyer llevan al autor a reflexionar sobre temas que normalmente forman parte de un itinerario educativo que nace de la fe: la razón, la libertad, la moral, el amor, el sentido del dolor, la conciencia de la Iglesia en el mundo moderno o el don de sí.

Todas estas peculiaridades confieren a las lecturas una viveza singular que ha movido a miles de jóvenes a redescubrir el valor de la lectura y de la literatura como ocasión de comparación y de juicio sobre la experiencia de la vida.

Si bien es cierto que no estamos ante una contribución a la crítica literaria ni tampoco se ofrece una visión orgánica de los autores —como por otro lado repite a menudo el autor—, no obstante este

texto constituye un buen ejemplo de cómo una conciencia religiosa se mide con el genio y con las palabras inspiradas de la mejor literatura y, a través de ellos, con las cuestiones más agudas de la conciencia humana.

Se va trazando así un recorrido cultural apasionante —y en cierto sentido sorprendente—, en el que a cada paso emerge, poderosa, una pasión indómita por lo humano, con la que cada uno —instruido o no— está invitado a compararse.

El apéndice contiene el comentario que monseñor Giussani hizo en los años noventa, con estudiantes universitarios de Milán, sobre tres películas vinculadas al tema del «sentido religioso». Se trata de un ejemplo de cómo una actitud de fe puede cotejarse con cualquier forma expresiva y artística.

NOTA DE LECTURA

Por la expresión «Escuela de Comunidad» el lector debe entender la forma de catequesis —lectura y meditación personal de textos, comparación con la propia experiencia y puesta en común en encuentros semanales— que utilizan los miembros del movimiento de Comunión y Liberación.

Los *Memores Domini* son los miembros de la asociación laical homónima nacida en el seno del movimiento de Comunión y Liberación, que viven una experiencia de entrega total a Cristo en el mundo del trabajo.

MIS LECTURAS

I. GIACOMO LEOPARDI EN LA CIMA DE SU GENIO PROFÉTICO¹

Me encontré con Giacomo Leopardi en mi primera adolescencia y, con trece o catorce años, estudié de memoria todos sus *Cantos*². Desde entonces, creo no haber dejado pasar un solo día de mi vida sin citarme algún fragmento de sus poesías. Mis amigos lo sabían y me han animado a venir hoy aquí, no tanto para hacer un análisis exhaustivo desde el punto de vista literario, histórico o exegético de su obra, como para dar sencillamente un testimonio de lo que la poesía de Leopardi ha suscitado y suscita en mi ánimo, como hombre y como creyente. Me ceñiré, pues, a este marco, ya que mi exposición quiere ser un gesto familiar y de amistad.

Para describir lo que la poesía de Leopardi suscita en mí — hace ya tantos años y de un modo cotidiano — no puedo más que partir del descubrimiento que supuso en un momento determinado de mi vida y del que proviene mi gran amor por él. Como ya he dicho, estudié a Leopardi cuando tenía trece años, y me dejó una profunda herida. Durante unos meses sus poesías fueron mi única lectura, no estudiaba nada más. En mi primer curso de Liceo, cuando tenía quince años,

¹ Giacomo Leopardi (1798-1837) poeta, filósofo y filólogo y erudito nacido en Recanati (Ancona). Lectura realizada a los universitarios del Instituto Politécnico de Milán en 1983.

² Los poemas de Leopardi se han tomado de *Los Cantos. Edición bilingüe*, Ediciones 29, Barcelona 1996. Cf. «Leopardi como amigo», en Alberto Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, pp. 62-65.

descubrí que la *negación* de Leopardi, aquella negación que tanto me había herido anteriormente, era impostada; era como un manifiesto superpuesto, a la fuerza y mal, a un grito tan verdadero humanamente que no podía dejar de atestiguar la promesa estructural que el corazón encierra. En aquel momento entendí —y hasta hoy siempre se me ha ido confirmando— que la negación, la respuesta negativa a los problemas últimos de la vida que el sensualismo estructuraba —la filosofía que Leopardi compartía porque era la que dominaba el mundo cultural de entonces— no era palabra de Leopardi, sino un ropaje añadido a un corazón tan auténticamente humano que no podía dejar de afirmar la positividad del destino. Es tan fuerte, de hecho, el grito de la exigencia que constituye el corazón del hombre, tan profundo, potente y hermoso que, casi naturalmente, uno se siente impulsado a decir: «Sí, es verdad»; o, al menos, provocado a la espera de algo que puede llegar como una respuesta positiva.

Quisiera partir del primer factor de la antropología leopardiana, del primer factor que emerge a la conciencia cuando el hombre se observa a sí mismo viviendo, y para ello fundamentaré mi comentario en los textos y en la temática del poeta. Leopardi habla de la «sublimidad del sentir». Esta fórmula indica la densidad de emoción, deseo y temor enigmáticos causados por la desproporción que existe entre el hombre y la realidad. Se trata de una desproporción trágica porque, por una parte, a la grandeza del hombre la realidad parece oponer cínicamente un límite que la niega; y, por otra, a la inmensidad de la creación, a la magnitud de la realidad, le corresponde la diminuta pequeñez, la efímera banalidad del hombre. La sublimidad del sentir se ve generada, por tanto, por la desproporción constatada entre el yo y la realidad en el doble sentido comentado.

Quizá sea *Sobre el retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma* (pp. 220-225) el himno leopardiano que mejor y de modo más plástico habla de esta desproporción que suscita en el hombre un sentir que rebasa la banalidad cotidiana de sus sentimientos. En él Leopardi subraya, dice, grita, comunica con

tal fuerza que el contenido de esta desproporción, o mejor, de esta sublimidad del sentir, es un interrogante, una pregunta, que toda la negatividad sensualista resulta, como decía antes, ficticia y cerebral. Esta, de hecho, deja indemne su forma de evocar la desproporción y la sublimidad del sentir humano, no apaga esa pregunta que nos mueve a levantarnos cada mañana, ese «aguijón [que] me punza / de tal modo, que, descansando, más que nunca / estoy lejos / de hallar paz y sosiego» (del *Canto nocturno de un pastor errante de Asia*) (pp. 172-181, vv. 119-121).

Quiero leeros este poema, *Sobre el retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma*, que es uno de las más bellos de Leopardi:

*Tal fuiste [has sido tan hermosa]: hoy bajo tierra
polvo, esqueleto eres. Sobre huesos y fango
inmóvilmente colocado en vano,
mudo, mirando el volar del tiempo,
está, de la memoria solo
y del dolor custodio, el simulacro
de la pasada beldad. La dulce mirada,
que hacía temblar, si, como ahora parece, inmóvil
en otro se fijaba; el labio, desde donde
bien se ve como de urna llena
derramaba el placer; el cuello rodeado
ya de deseo; la amorosa mano,
que a menudo, al posarse,
sintió dejar helada la mano que oprimía;
y el seno, ante el que todos
visiblemente se volvían pálidos,
fueron un tiempo: ahora fango
y hueso eres; la vista
torpe y triste hoy una piedra esconde.
Así reduce el hado
lo que nos pareció la más viva
imagen del cielo. Misterio eterno
de nuestro ser.*

[he aquí la sublimidad del sentir que brota de la desproporción]

*Hoy de excelsos, inmensos
pensamientos y sentimientos inenarrable fuente,
triunfa la belleza, y parece
resplandor fulgurante
de naturaleza inmortal en estas playas,
de sobrehumanos destinos,
de afortunados reinos y áureos mundos
señal y segura esperanza
dar al mortal estado;
mañana por leve fuerza
inmundo a la vista, abominable, abyecto
se volverá lo que antes tuvo
casi angélico aspecto;
y a la vez de las mentes desaparece
aquello que de él desprendía
el admirable concepto que inspiraba.*

[«admirable concepto»: imagen del ser, de la vida. Esta estrofa da voz a esa desproporción. Pero la más bonita, en mi opinión, es la que viene después, una de las más bellas de la literatura italiana:]

*Deseos infinitos
y visiones soberbias
crea en el pensamiento errante
por natural virtud, docta armonía;*

[«docta armonía»: una belleza sabiamente tejida por muchos factores; la belleza, «docta armonía», crea en el «pensamiento errante», en un pensamiento que vaga buscando, «deseos infinitos». Esto evoca al Ulises de Dante como indica la siguiente imagen: «errante», que quiere decir peregrino, buscador:]

*que hace errar por un mar delicioso, arcano
el espíritu humano,
casi como por diversión
atrevido nadador por el océano;*

[es la imagen de Ulises homérico]

*mas si un discordo acento
hiere el oído, en nada
se vuelve aquel paraíso en un momento.*

*Naturaleza humana, ¿cómo
si tan frágil y vil en todo,
[si eres totalmente frágil, falto de nobleza, vil]
si polvo y sombra eres, tan alto sientes?
Si noble aún
[es decir, si incluso en cierto sentido noble]
¿por qué tus movimientos y pensamientos más dignos
son tan leves
que de tan bajos orígenes despierten y se apaguen?*

Así expresa el poeta la experiencia de desproporción que surge entre ambos factores que nos constituyen. De hecho, la realidad es un factor que nos constituye, al igual que nuestro espíritu capaz de elevarse a emociones sublimes y, a la vez, tan sumamente frágil ante el impertérrito decaer de las cosas. La verdad de Leopardi no puede estar en una negación, sino en aquel «Misterio eterno de nuestro ser», en la pregunta final planteada a la naturaleza humana: «¿cómo / si tan frágil y vil en todo, / si polvo y sombra eres, tan alto sientes?».

Se trata en definitiva de esa experiencia que yo defino como *el juego de la penumbra*.

Si te pones de espaldas a la luz, mirando hacia la penumbra, dirás: «Este claroscuro me introduce en la oscuridad total», la última palabra es, pues, la oscuridad; pero si te pones de espaldas a la oscuridad, dirás: «Es el vestíbulo de la luz», es decir, la última palabra es la luz. De las dos posturas la más adecuada, como hipótesis, al fenómeno en cuestión es la segunda, dado que la primera no explica ni siquiera el hecho de que exista la penumbra. A mi entender este es el verdadero mensaje que Leopardi aporta a la experiencia humana.

El genio, en efecto, es siempre profeta; expresa de un modo tan inexorable aquello a lo que el hombre está destinado, que su grito no puede sino confirmar la espera para la que está hecho el hombre.

Es verdad, todos conocemos el «Viejecito, cansado, enfermo, / medio vestido y descalzo, / con pesadísima carga a sus espaldas» (*Canto nocturno...*, vv. 21-23) que termina en la nada, que acaba en el «Abismo horrible, inmenso, / donde al precipitarse todo lo olvida» (vv. 35-36). Pero el hombre, ya lo veremos, no consigue detenerse allí; enseguida su impulso y su búsqueda levantan el vuelo: «Aunque tú, solitaria, eterna peregrina, / que eres tan pensativa, tú tal vez entiendas» (vv. 61-62), y, tras algunas líneas: «Y tú ciertamente comprendes» (v. 69). Se expresa la misma pregunta, poderosa y abierta, planteada al final de la hermosísima poesía que hemos leído: «¿Por qué tus movimientos y pensamientos más dignos / son tan leves / que de tan bajos orígenes despierten y se apaguen?» (*Sobre el retrato...*, vv. 54-56).

Cada uno de nosotros quizás recuerda — porque es una de las poesías que al menos hace un tiempo se estudiaba a menudo, además de *El sábado en la aldea* (pp. 184-189), *La calma después de la tormenta* (pp. 182-185), y *A Silvia* (pp. 158-163)— *La noche del día de fiesta* (pp. 106-111), cuando el poeta acude al encuentro por la noche porque quiere atraer la atención de la mujer amada en aquel momento, y ella no le concede ni una sola mirada; entonces, vuelve a casa desesperado:

[...] *y aquí por tierra
me arrojó, y grito, y me estremezco. ¡Oh días horriblos
en tan florida edad!*

[y luego de improviso]

*¡Ay, por la calle
oigo no lejos del solitario canto
del artesano que regresa tarde
después de sus solaces, a su pobre hogar;
y cruelmente se me oprime el corazón
al pensar que en el mundo todo pasa,
y apenas deja huella. Ya ha pasado
el día festivo, y al día festivo el día
ordinario sucede, y así se lleva el tiempo
todo humano accidente. ¿Dónde está el eco*

*de los antiguos pueblos? ¿Dónde está el grito
de nuestros antepasados famosos, y el gran imperio
de aquella Roma, y las armas, y el fragor
que recorrió la tierra y el océano?
Todo es paz y silencio; todo lo acalla
el mundo, y ya de aquello ni se habla siquiera.
En mi temprana edad, cuando se espera
ansiosamente el día festivo, o luego,
cuando ya apagado, yo, doliente, despertaba,
estrujaba la almohada; y, avanzada la noche,
un canto que se oía en los senderos
y lejano, moría poco a poco,
ya de esa manera me oprimía el corazón.*

La grandeza de realidad humana que se desvanece con el tiempo y la conciencia de ser el pequeño punto que exalta, desmesuradamente, el sentir del hombre, la sublimidad del sentir, constituyen, por tanto, el primer factor de la concepción y del sentimiento de su propia humanidad expresado por Leopardi.

Pero ya en los poemas citados encontramos también el segundo factor de ese sentimiento de lo humano: podría usar la palabra *sueño*, pero prefiero usar otro término, *exaltación*. Se trata de un factor que está vinculado al primero. En efecto, la desproporción que el hombre experimenta entre él mismo y la realidad, este sentimiento trágico, sublime y trágico, que la desproporción suscita en él, actúa como una incitación al sueño humano.

¿Por qué nace este sentimiento trágico? Porque la realidad, dice Leopardi, hace soñar al hombre, lo exalta, en el sentido latino de la palabra, toma al hombre y lo erige en toda su estatura. El hombre, que está como encogido y adormecido, en el contacto con la realidad se despierta, se levanta y se eleva en toda su estatura. La realidad exalta el alma del hombre y en tal exaltación le confiere un «respiro soñador», que es el alma de la vida. De hecho, lo que nos hace vivir, a pesar de la desproporción que sufrimos y del consiguiente sentimiento trágico, es este respiro soñador que la realidad suscita en el alma del hombre.

Mis lecturas

Este libro reúne las «lecturas» comentadas que monseñor Luigi Giussani llevó a cabo de sus autores más queridos, muchos de ellos frecuentados desde su primera juventud, otros descubiertos más tarde.

Se trata de lecturas desarrolladas en distintos contextos, la mayoría de ellas en conversaciones mantenidas con jóvenes, que constituyen un valioso ejemplo de cómo una conciencia religiosa se mide con el genio y las palabras de la mejor literatura y, a través de ellos, aborda las cuestiones más decisivas de la conciencia humana.

Se desarrolla así un rico itinerario en sugerencias y juicios críticos en el que, junto a importantes exponentes de la literatura católica del siglo XX, como Claudel, Péguy o Mounier, encontramos autores laicos como Leopardi, Lagerkvist, Montale. Un libro en el que se muestra, más allá del ejercicio de la crítica literaria, cómo un espíritu auténticamente cristiano lee, en la obra de algunos «grandes», la infatigable tensión por la búsqueda del verdadero rostro humano.



ISBN: 978-84-1339-012-3



9 788413 390123